

# Sobre tormentas

IVORY MANOR II



RosA. Menéndez

# Ivory Manor II

## Sobre tormentas

**RosA. Menéndez**

copyright © RosA. Menéndez 2014

Portada © R.A.M.

[www.rosamenendez.com](http://www.rosamenendez.com)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

## SINOPSIS

En esta segunda parte todos tendrán que librar con sus propios fantasmas. Charlotte y Nicholas tendrán que enfrentarse a sus temores y demostrar que tienen un matrimonio tan sólido como creen. Lo tienen todo para ser felices, pero la intriga de Giselle hará que los peores miedos de Charlotte se hagan realidad. Otras fatalidades en Ivory pondrán a prueba la continuidad del negocio y su estabilidad familiar se verá en peligro si no son capaces de reaccionar a tiempo.

Mientras, durante las tormentas que traerá el verano, Tristram y Sarah se enfrentarán a otros desafíos que pueden resquebrajar los cimientos inestables de su relación. Compartían pasión, amistad y un futuro infinito; sin embargo, un hombre acostumbrado a salirse con la suya se involucrará en la relación más salvaje de su vida con la mujer equivocada; un error que pagarán caro.

Ivory Manor es la historia de una familia, de personas que han encontrado el verdadero amor, pero corren el peligro

de no saber retenerlo y deberán luchar si quieren mantener ese maravilloso regalo concedido por el destino.

## PRÓLOGO

Londres, Inglaterra  
15/4/2012

Sin poder dormir, Charlotte pasó la noche intranquila, aunque se había acostumbrado durante el último mes a funcionar con las horas de sueño reducidas al mínimo. La abultada barriga limitaba considerablemente unos movimientos cansados y las patadas que cada cierto tiempo le propinaban sus hijos tampoco fueron ninguna novedad.

Esa noche el nivel de ansiedad de Nicholas rayó un límite tan alto que descontroló el ritmo de su corazón de manera angustiosa. El parto era inminente, el embarazo se había desarrollado de manera satisfactoria y el peso y tamaño de los bebés eran adecuados para que nacieran sin correr riesgos.

Después de desayunar en un silencio tenso, Nicholas recogió del dormitorio el ligero equipaje que Charlotte tenía preparado y salieron hacia el hospital donde los recibió el doctor Spennos. Era el día acordado para practicarle

la cesárea y traer al mundo a los dos varones que esperaban.

En cuanto tomaron los datos, una auxiliar preparó a Charlotte para llevarla al quirófano. Al momento se despidió emocionada de sus padres y suegros, que llegaron al hospital unos minutos después que ellos. Tratando de disimular el nerviosismo, los cuatro la animaron con alentadoras palabras y besos cariñosos. Nicholas no le soltó la mano mientras la acompañaba, hasta que el celador que tiraba de la camilla le prohibió continuar; estaban en la puerta del quirófano y el equipo de William esperaba dentro.

—Te quiero —dijo la voz serena de Charlotte, intentó reconfortarlo—. Relájate, todo va a ir bien.

—Te quiero, mi amor. —Tragando despacio con la mirada asustada, la tensión a Nicholas solo le permitió rozar sus labios con rapidez y esbozar una ligera sonrisa que fue tímidamente correspondida—. Sé valiente.

Despacio le besó la mano con los ojos muy brillantes sin preocuparse por el gesto impaciente del celador, acostumbrado a ver la misma escena a diario.

El aséptico pasillo ponía los vellos de punta. Aparte del frío, para Nicholas la sensación de indefensión fue ab-

soluta. No duró mucho ahí, instado por una enfermera a esperar en la planta baja con los familiares de otros pacientes.

Incapaz de sentarse más de un minuto, pasó más de una hora dando vueltas de arriba a abajo. La fingida calma de los duques tampoco ayudaba mientras hablaban entretenidos con sus suegros. Casi dos horas después, apoyado en la pared con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, advirtió movimiento por donde se accedía al quirófano. Se abrió la puerta del fondo y vio a William con otros dos médicos aproximarse con expresión seria hablando entre ellos. Las piernas empezaron a temblarle hasta que observó paralizado a William y creyó advertir una ligera sonrisa en su rostro.

—Nicholas, enhorabuena —dijo, extendiéndole la mano—. Tienes dos hijos sanos y fuertes.

—Gracias. —Sonrió aliviado—. ¿Cómo está Charlotte?

—Bien. Hemos tenido una pequeña complicación. Tenía placenta previa, pero lo hemos resuelto sin problemas. Está en recuperación. A lo largo del día recobrará la movilidad en las piernas.

Nicholas recibió la enhorabuena del resto de médicos y salió junto a su familia a conocer a los niños. La felicidad de todos fue muy sonora cuando la enfermera dejó pasar al padre a la Sala de Puericultura. Cada niño llevaba una pulsera de identificación en el tobillo, y Nicholas supuso que Charlotte en el quirófano les dijo que el mayor se llamaría Henry, y Alexander, el pequeño. Henry dormía tranquilo cuando la caricia de su padre lo estremeció sin despertarlo. Según la información que leyó Nicholas, Alexander era tres minutos menor que su hermano. Estaba despierto y gimoteó molesto al sentir los fuertes brazos que lo auparon. Al momento, Nicholas se acercó a la pared acristalada para presentárselo a los abuelos, y se acurrucó mimoso en su pecho.

—Cuando suban a la madre los llevarán a la habitación —explicó la enfermera, escuchando el alboroto en el pasillo.

—Lo sabemos —admitió Nicholas sonriente—. Pero no podíamos esperar.

Alexander miró a su padre, que le notó los ojos muy claros y admiró esa extraña mezcla pasando el índice por una carita suave y regordeta. El azul penetrante de

Charlotte se fundía con su verde, dándole una intensidad que solo un capricho de la naturaleza podía conceder. Nicholas le besó con ternura la frente antes de devolverlo a la cuna de manera cuidadosa.

—Eres perfecto.

La enfermera, al verlo, no pudo dejar que se fuera con esa expresión abatida.

—Lléveselo, si quiere —dijo en voz baja—. Le llevaré al otro en un rato.

Como si supiese que estaban hablando de él, Henry abrió los ojos y se metió el pulgar a la boca.

—Hola, cariño —susurró Nicholas con una voz grave y dulce. Lo cogió y sonrió muy feliz; al fin, sus dos pequeños estaban con ellos—. Me los llevo a los dos.

—Póngalo en el hueco del codo —explicó la enfermera yendo para ayudarlo. Le colocó bien a Henry y, en cuanto lo tuvo bien seguro, se volvió para coger a Alexander—. Y este, aquí.

Medio embobado Nicholas miró su ligera carga, no llegaban entre los dos a los seis kilos y aunque eran exactamente iguales tenían algunas diferencias que facilitaban distinguirlos. Alexander tenía un pequeño lunar encima del

labio y esos ojos que lo atraparon con una mirada, como le pasó con Charlotte, mientras Henry era un clon Finch-Hutton, igual que él y James. Alexander solo ostentaría el título de vizconde que podía adjudicarle cuando fuese el Jefe de la Casa Ducal, el destino quiso que su hermano naciera primero; sin embargo, tenía diluidos sus genes y los de Charlotte con la proporción exacta, y esa carga genética lo convertía en una obra maestra, había asimilado tan bien su deseo que solo podía contemplarlo extasiado.

Nicholas salió esquivando a su madre y a su suegra, las dos empeñadas en quitarle a los niños; sin éxito. Atravesaron el pasillo bajo las miradas curiosas de algunas personas que no pudieron reprimir una sonrisa condescendiente al verlos.

Charlotte, que acababa de llegar a la habitación, sonrió emocionada y extendió los brazos para poder sentir también a sus hijos. Los abuelos se acercaron con la misma alegría que había colapsado a toda la familia; aquel quince de abril pasaría a la historia por ser con diferencia el más feliz y el más deseado.

Sonriendo, Nicholas puso a Alexander en el regazo de Charlotte y viendo su oportunidad Patricia con rapidez

cogió a Henry.

—Déjame verlo —dijo Charlotte.

Patricia se lo acercó y no pudo evitar unas lágrimas felices que inundaron sus ojos.

—Te quiero —susurró Nicholas dándole un beso cariñoso en los labios—. Me has hecho el hombre más feliz del mundo. Gracias, mi amor.

La emoción no permitió a Charlotte articular palabras, con esos niños cumplía su último sueño, todos los demás él se encargaba de hacerlos realidad a diario, no podía imaginarse sin Nicholas ni sin sus hijos, esos que siempre fue reacio a tener y, en cambio, acababan de darles el mejor momento de sus vidas.

Le pasó el dedo por la carita a Alexander, fijándose en el pequeño lunar.

—Eres muy guapo —murmuró Charlotte con el corazón encogido nadando entre felicidad, hormonas dislocadas y el romanticismo de Nicholas, que se sentó a su lado y le echó el brazo por el hombro—. Y muy bueno.

Henry pasó unos minutos con los Wolf hasta que le tocó el turno a su abuelo paterno. Sentado en el sofá de la habitación, recibió al niño de manos de su esposa. La mira-

da cálida de Patricia entregándole al que algún día sería el encargado de ostentar su título, enturbió unos ojos verdes de lágrimas. A los setenta y tres años conocía al sucesor de su hijo, un privilegio que alguna vez dudó tendría.

—Hola, Henry. Te llamas igual que tu bisabuelo —dijo James con una sonrisa—. Y eres igual que tu papá cuando nació.

Patricia afirmó con la cabeza y se sentó a su lado.

—Se parecen muchísimo.

—Sí —James acarició los muslos del niño y preguntó a su hijo—. ¿Cuánto han medido?

—Casi cincuenta —respondió Nicholas—. Están muy bien desarrollados para ocho meses.

—Tienen pinta de que van a ser altos —comentó Edward.

—Y fuertes —dijo James con la palma de la mano sosteniendo el pie de Henry—. Menuda fuerza.

—Lo más importante es que estén sanos —añadió Leslie.

—Fíjate en sus ojos —dijo Nicholas acariciando a Alexander—. Parecen topacios llenos de esmeraldas.